

y repugnancia: Puso sus Reales en el Pardo, estendiendo las Tropas por Manzanares, la derecha desde la Huerta del Cerero, à la Quinta de los Padres Geronymos, y la siniestra al Pardo. Así lo dispuso el Conde de la Corzana, que venia con los Portugueses, y havia orden del Rey Carlos, de que se governasse por su dictamen en cosas de guerra el Marquès de las Minas.

Erigieronse luego los Tribunales: nombrò Consejeros, y mandò assistir à los que se havian quedado en Madrid; pero fuera de la Corte no se obedecian las ordenes, ni hacia caso de ellas el mas pobre Lugarejo, sino forzado de Tropas. Pocos Grandes hallò en quienes mandar: muchos se fueron à sus Estados. El Duque de Medina-Celi tomò el camino de Burgos; pero à muy chicas jornadas. El Conde de la Corzana decia, que esperaba al Rey Carlos; y que por esso no se apresuraba. Ignoramos su intencion; cierto es, que tomò asiento pocas leguas lexos de Burgos, y que fuè à ver dos veces à la Reyna. Otros Magnates se dividieron por Castilla la Nueva en la parte, que los Enemigos la havian dexado; y los mismos que havian escrito al Marquès de las Minas, no se atrevieron à verle en la Corte: de esto se quejaba con gran razon, y el despecho le hacia revelar el secreto.

Creyeron los Portugueses, adulados de muchos Españoles, que la Corte era todo el Reyno; y esperando tener noticia del Rey Carlos, sin hacer operacion alguna, como pudieran en la paz, trataron la guerra: ni se abrian el camino para encontrarle, ni seguian al Rey Phelipe, que con muy pocas Tropas (y estas desertando cada dia) estaba en Sopetrán. Un Destacamento del Exercito de los Enemigos le huviera podido echar de Castilla; pero lo reservaban, como cosa de ninguna dificultad, para quando se juntassen las Tropas del Rey Carlos, mandadas por Peterbourgh, el qual aún estaba en Zaragoza, sin tener noticia alguna de lo que passaba en Madrid; porque la Cavallería del Rey Phelipe, haviendo ocupado, y fortificado el Puente de Vi-

veros , estendidas las partidas con toda vigilancia al con-
fin , que era camino para Aragon , no dexaban passar
persona alguna , ni Correo.

En este ocio del Exercito de los Portugueses en la
Corte , fuè facil introducirse los vicios , y se entregaron
à la embriaguèz , à la gula , y à la lascivia las Tropas:
esto consumió mucho el Exercito , y juntamente no de-
xaban los del Pueblo de matar algunos Soldados , que
de noche entraban en Madrid , sin mas ocasion , que la
que les daba la oportunidad , y lo que les inspiraba el
odio. Afsi se perdiò la de seguir al Rey , el qual espe-
raba los ofrecidos socorros de la Francia. Sus parciales
divulgaron en la Corte la voz de que havia muerto en
Aragon el Rey Carlos ; y esto lo decian con tales cir-
cunstancias , que nombraban el Lugar, la Iglesia en que
se havia sepultado , y los accidentes de su enferme-
dad ; y hubo un Clerigo , que le dixo al Rey , que
le havia visto sepultar. Todo esto era arte , para que el
Marquès de las Minas no saliesse de Madrid , y diese
tiempo al Rey para formar su Exercito. No fuè en vano
el artificio ; porque el Marquès , lleno de dudas , no sa-
bia salir de Madrid , no del todo ageno de sus delicias ;
porque de proposito las mugeres publicas tomaron el
empeño de entretener , y acabar , si pudiesen , con este
Exercito ; y afsi iban en quadrillas por la noche hasta
las Tiendas , è introducian un desorden , que llamò al
ultimo peligro à infinitos ; porque en los Hospitales ha-
via mas de 600. enfermos , la mayor parte de los quales
murieron. De este iniquo , y pèsimo ardid usaba la leal-
tad , y amor al Rey aun en las publicas Rameras , y se
aderezaban con olores , y afeytes las mas enfermas , pa-
ra contaminar à los que aborrecian , vistiendo trage de
amor al odio : no se leerà tan impía lealtad en Historia
alguna.

Al contrario los parciales del Rey Carlos divulga-
ron , que se havia ido el Rey à Francia , y havia dexa-
do à Burgos la Reyna : fingieron una Carta del Duque
de Híjar , Vi-Rey de Galicia , escrita al de Jovenazo , en

que le decia se estaba perdiendo aquel Reyno, por haberle ocupado diez y seis mil Portugueses, y que havian entrado otras Tropas enemigas con Juan Hurtado de Mendoza en la Andalucía.

En este tiempo se perdió Cartagena; y porque el principal motor fuè Don Luis Manuel Fernandez de Cordova, Conde de Santa Cruz, es preciso referir como se pasó à los Enemigos. Hallabase sitiado, y con gran estrechez Oràn de los Moros, y se mandò à Don Luis Manuel, Quattalvo de las Galeras de España, que con dos de ellas saliesse de Cartagena, y llevasse socorro à aquella Plaza, y la ordinaria conducta de 574. pesos. Estaba yà corrompido de varias promessas por los Emissarios de los Austriacos; y asì, en vez de llevar dichas Galeras à Oràn, fingiendo en Lugar Nuevo de esperar el tiempo, llamò à la Armada Inglesa, que estaba en Altrèa, y sublevandose la Chusma, y todos los Oficiales, que yà estaban de acuerdo, se aclamò al Rey Carlos. Quiso resistir tan infame conjura el Capitàn de la Capitana Don Francisco Grimau, y fuè preso. Lo proprio se hizo con Don Manuel de Ferosella, Capitàn de la otra Galera, y con el Veedor Don Manuel de Grimau, hijo de Don Francisco; y es cosa singular, que solos estos tres Oficiales se mantuviesen en la debida fidelidad, entre tantos partìcipes de la traycion, y que un secreto comunicado à una muchedumbre de gente ruìn, y facinerosa, se guardasse tan exactamente; porque las Chusmas no lo ignoraban, y se les havia ofrecido libertad: à Don Luis Manuel el Generalato de las Galeras, y à todos los Oficiales darles ascenso à su grado. Las dos Galeras se conduxeron à Barcelona, y nada de lo ofrecido se cumplì, ni se hizo de D. Luis Manuel gran caso, por lo feo de la accion, y en tiempo, que, con grave perjuizio de los Christianos, corria tanto peligro Oràn, Plaza ganada por el Arzobispo Cisneros casi de milagro, y que assegura de invasion de Africanos la España; faltòle este socorro, que se le embiaba con las Galeras, y se rindiò,

pádeciendo la Christiandad el daño de tener aquel gran Puerto los Moros, y poder armar Naves de mayor magnitud, que las que usaban por falta de Puertos.

Un hermano de Don Luis Manuel, Arcediano de Cordova, detestando tan indigna, y abominable accion, se fuè à buscar el Libro, en que la Parroquia assienta los Bautizados, y arrancò la hoja, en que estaba notado serlo su hermano, diciendo con honrado furor: *No que- de en los hombres memoria de tan vil hombre.* Este, pues, persuadiò à los Ingleses à ir à Cartagena, donde yà tenia dispuesta la conjura; y aunque decian no les servia Plaza tan remota, les facilitò tanto el que no costaria trabajo, que se resolvieron à esta empresa, lograda con felicidad, porque los pocos Franceses que havia capitularon luego.

Entre tantas artificiosas mentiras, esta verdad se divulgò en Madrid, y aun en el Campo del Rey, con lo qual creyeron muchos, que estaba la España perdida, y la Andalucía; y asì profiguiò la desercion, y más habiendose publicado, que el Rey, por dàr gusto à su Abuelo, se iba à Francia: y que tenia orden de promover esta resolucion Amelot, el qual verdaderamente lo persuadia al Rey; però siempre le oyò con desprecio, y assegurò, que no saldria de la España.

Viendo los Franceses, que no le podian convencer à dexarla, le persuadian à lo menos, que se fuesse à Navarra. Los Ministros Españoles, que le asistian, repugnaban el que el Rey dexasse las Castillas; porque sin duda se perderian, y seria la consequencia perder à Andalucía, y con ella las Indias. Que se consternarian los Pueblos, y los mas afectos, porque daba muestras de esto la continua desercion; y que el Rey debia hacer à los Soldados un publico razonamiento, en que los asegurasse no saldria de España. Asì lo executò, y juntando las Tropas, se quexò de que se imaginasse de su Real magnanimidad tal resolucion, y que sobre su Real palabra les aseguraba *morir con el ultimo Esquadron de Cavalleria, que le quedasse.*

No dixo esto el Rey sin arrasarfele los ojos en lagrimas, tan eficaces, que trascendió la ternura à los circunstantes, y le acompañaron con ellas, asegurandole, que pondrian todos sus vidas en defensa de su Persona, y Reyno, y que no havia mas defercion. Asì lo cumplieron, cobrando aquellos pocos Españoles tanto brio, que offaban resistir à muchos. Esta, que pareció corta diligencia, le afirmó la Corona en la cabeza, y mas habiendo llegado de Francia 1500. hombres escogidos, con los quales pudo el Duque de Bervich poner su Campo entre Xadraque, y Sopetrán.

A 23. de Julio se creyò en Madrid (por voz falsa-mente esparcida) que entrasse en la Corte aquella tarde el Rey Carlos. Sus Parciales se previnieron à recibirle: otros salieron à encontrarle, y quantos llegaron al Puente de Viveros, quedaron prisioneros de la Cavalleria del Rey Phelipe, que aún estaba allí, fortificados los passos: conduxeronlos à varias Carceles; y fuè uno de los que se prendieron, el Conde de Lemos, que iba en una Carroza con su muger Doña Cathalina de Sylva, hermana del Duque del Infantado, à la qual permitieron, que acompañasse à su marido al Castillo de Pamplona. Tambien fuè preso el Patriarcha Benavides, y llevado à Francia con Fr. Benito Salas, Obispo de Barcelona. Poco despues se cogió tambien à Don Balthasar de Mendoza, Obispo de Segovia, que venia disfrazado à la Corte, para obsequiar al Rey Carlos. Eran estos verdaderamente desafectos; pero mas incautos, que desleales, porque iban à prestar la obediencia à quien yà en Madrid havian tacitamente jurado, quando la prefirió con publica aclamacion la Villa: no se les hallò haver cometido otro delito.

Yá le havia llegado al Rey Carlos la noticia de estar en Madrid el Exercito Portuguès, y con ella partió para la Corte, mandando sus Tropas Peterbourgh. Impaciente el Marqués de las Minas de ocio tan pernicioso, dexando dos solos Esquadrones de Cavalleria en la Corte à cargo del Conde de las Amayuelas, declarado

Parcial Austriaco, salió de ella con su Exército ázia Alcalá, y de allí pasó á Guadaluara, tomando despues las marchas por la izquierda, para encontrar con el Rey Carlos.

Enfrente, ocupadas las alturas de Ita, puso sus Tropas Beru ch, fortificado bien el terreno, y estendida la derecha al Monte de Xadraque, y la izquierda á Alcalá, con la intencion de dexar atrás cortado á Madrid. El Portugués dexò los vagages en Guadaluara, y se encaminò á Sopetrán el dia 28. de Julio, con el designio de assegurar el camino al Rey Carlos, para que no diesse con las Tropas del Rey Catholico, que yá eran superiores á las que venían de Aragon.

El Rey, dexando á Ita, determinò defender el Rio de Guadaluara, sin dexar las alturas de Xadraque, de las quales con facilidad causaba con escaramuzas á los Enemigos, que yá havian retrocedido hasta Junquera, entrando en la Villa de Xadraque, y entregandola á las llamas. Llegòle al Marqués una Carta del Rey Carlos, escrita en Daroca, en que le daba noticia, que venia por Molina Peterbourgh con la Manguardia, y havia yá llegado á Pastrana: allí esperò quatro horas el Rey Carlos á que viniessse á prestarle la obediencia el Duque del Infantado; pero este no parecia, ni lo havia jamás resuelto. El Conde de la Corzana lo havia escrito, imaginandolo por cierto, porque havia tomado el partido Austriaco el Conde de Galvez, hermano del Duque, y creia vendria toda la Familia.

El Conde de Galvez se vengò en si mismo del enojo que concibió, por no haver obtenido del Rey Catholico el empleo que deseaba, y hallandose sin él, le parecia podria sin nota seguir el contrario partido. Este engaño padecieron muchos Nobles, que fuera largo el nombrarlos, y solo hacemos mencion de los mas principales.

El Duque del Infantado, aun sabiendo la resolucion de su hermano, y desaprobandola, huyò siempre de encontrar con el Rey Carlos, y se internò mas en los

Lugares donde no podia passar este Principe : fuefe à Mondejar , y tambien de alli se apartò.

De este Lugar sacaron las Tropas Austriacas á dos hijos del Marquès de Mondejar , dexandole por viejo , y lleno de achaques. No huviera este ido , sino arrastrando , porque era hombre de la mayor , y mas sólida bondad , y sério , y uno de los Cavalleros mas entendidos de España. Sus hijos luego tomaron gustosos el partido contrario , y se fueron con el Exercito , y poco despues murió el Padre.

El Rey Carlos sintió mucho haver en vano esperado al Duque del Infantado, el qual no se librò de hacerle unos cargos , bastantes à mandarle poner el Rey Catholico despues en la Torre de Segovia : el mayor fue , haver escrito al Presidente Ronquillo en su defensa una carta libre , y poco respetosa , que se leyò en el Consejo del Gavinete del Rey , con lo qual encendió el animo de aquel Ministro , à cuyo cargo corrian todas las Causas de difidencia , y se le hizo Proccesso al Duque en sus formas , imputandole , que en Madrid havia hablado, en el Convento de Copacabana, con el Marquès de las Minas , y el Conde de la Corzana , sugiriendo medios de como promover la guerra , y que despues havia tenido conferencias secretas con Peterbourgh. Nada de esto se pudo probar , antes si lo contrario , y con los mismos cargos se manifestaba mas la inocencia del Duque.

Estendidas las Tropas del Rey Catholico entre Guadalaxara , y Alcalà , yà puesta à las espaldas Madrid , sin poder ser socorrida de los Portugueses , embió el Rey al Marquès de Mejorada con 500. Cavallos à cargo de Don Antonio del Valle, para recobrarla. Excede à toda ponderacion el júbilo de aquel Pueblo , al ver las Tropas del Rey. Pudieramos escribir muchas circunstancias, à no parecer increíbles. Eran tantos los excessos de alegria , que parecia haver enloquecido la Plebe.

Con 200. hombres del partido Austriaco se encerrò en el Real Palacio el Conde de las Amayuelas , y no podia
de

defenderle; aunque se resistió algunas horas: al fin, todos se entregaron à discrecion, y se embió preso à Francia al Conde, hombre ilustre, y alentado, y de apreciables calidades: Engañóse, como muchos, en creer, no podia dexar de ser Rey de España Carlos de Austria, y alimentando quejas de poco atendido en el presente Gobierno, buscaba mayor fortuna.

Aùn no restituidós la Reyna, y los Tribunales à Madrid, empezó à inquirir Don Francisco Ronquillo feveramente contra los parciales Austriacos: desterrò à quantos Nobles de distincion havian hablado con el Marquès de las Minas: quitò los empleos à los Ministros, que se havian quedado con algun pretexto en la Corte, y asistieron al Tribunal, que el Marquès havia formado. De este castigo se librò Don Pedro Colòn de Larreategui, Consejero de la Camara de Castilla, ò por patrocinio de el Duque de Veraguas, (que era algo pariente suyo) ò era verdadera la voz, de que se havia quedado en la Corte, de orden de el Rey, para informarle de quanto passaba.

Tambien se desterraron à los que acompañaron el Estandarte Austriaco el dia de la Aclamacion de la Corte; porque la adversidad de la fortuna, bien disfrazada, propuso à los miseros Españoles un Problema, que no podian entender: Los menos fuertes temieron peligrar con el Rey: Los aváros perder sus habères: Los ambiciosos llegar tarde à los premios: Los quexosos desahogar su ira; y los abatidos buscar mas alta fortuna. De estos se compuso el partido del Rey Carlos. Muchos, con mayor realce desleales, aun acompañando à los Reyes, escribieron à los Ministros de el Principe Austriaco. Tambien à estos perdona la pluma, porque pudieramos nombrar algunos, mal guardado su nombre en los que hacian gala de tener muchos parciales, y por esto los publicaban.

El Theniente General Legal, Francès, recobró à Alcalà, à tiempo que havia llegado yà à Guadalaxara el Rey Carlos; y como el Marquès de las Minas havia

passado mas adelante por otro camino , retrocedió el Exercito Austriaco , por si podia juntarse con el Portugués.

De Guadalaxata mandò sacar el Rey Carlos al Conde de Oropesa , y à su yerno el Conde de Haro con sus Familias ; poca violencia huvieron menester ; porque lo deseaban , aunque conociendo la gravedad del hecho el Conde de Oropesa , lloró al resolverse ; porque lo hizo à impulsos de la muger , hermana del Duque de Uceda , que conservaba eterno odio contra los Franceses , y decia , que con esto se libraba de su tyrania.

El Conde de Haro , hijo del Condestable de Castilla , no tuvo valor de quitar su muger à los padres , ni de dexarla : era muy mozo , y se dexó llevar de aquellas caricias , ò persuasiones , que faltandoles contraste , le vencieron.

Verdaderamente el Cardenal Portocarrero perdió al Conde de Oropesa , acusandole de mortal adersion contra la Nacion Francesa ; y permitió la justissima providencia de Dios , que no solo adoleciesse el Cardenal de este achaque , y que estuviesse el Rey desconfiado de él ; pero passó à tantos excessos su mal domada ira , y quexa , desde que le apartaron del Gobierno , que decia publicamente , que eran los Franceses tyranos , è ingrato el Rey. Con esto enagenò su animo de generoso , que adhirió el partido Austriaco , y esto lo manifestó en una obscura , y dudosa respuesta que dió à la Ciudad , y Chancilleria de Granada , consultandole sobre el modo de defender aquel Reyno ; y en una Carta artificiosa , y llena de ofrecimientos , que escribió al Duque de Medina-Celi , al qual como juzgaba defafecto , se le ofrecia prompto à seguir su dictamen , y qualquier cosa que en esta ocasion determinasse. Y para que no huviesse duda en su mudanza , quando de orden del Marquès de las Minas fuè à ocupar à Toledo el Conde de la Atalaya , General de la Cavalleria Portuguesa , el dia que la Ciudad prestò el juramento , y omenage al Rey Carlos , nada le quedò que hacer al Cardenal , para ma-

manifestar su alegría: iluminò su Casa, entonò en la Iglesia Cathedral el Hymno, con que ordinariamente damos à Dios gracias: dispuso esta funcion con la mayor celebridad, y diò un expendido Banquete à los Oficiales de Guerra, brindando à la salud del Rey de España Carlos III. (àsi le llamaban sus Parciales, y se veia impresso en la Moneda, que se fabricaba en Cataluña) bendixo su Estandarte con las publicas ceremonias de la Iglesia, y esto lo executaba con tal modo, que fuè admiracion de los propios Enemigos; porque este era el mismo, que tantos oprobrios havia dicho de los Alemanes: tan poco respetoso havia sido en sus palabras con los Austriacos, y el que tantas diligencias havia hecho para poner el Cetro en manos de los Borbones. Este era aquel, que por menores causas havia perdido à tantos, que acriminaba un suspiro, ò un gesto, y hacia delito del silencio, y de las palabras. Reconciliòse entonces con la desgraciada Reyna Viuda de Carlos II. que tambien estaba en Toledo, como diximos, que incauta, creyendo las persuasiones del Cardenal, ò arrastrada de su afecto al hijo de su hermana la Emperatriz Viuda, parece, que adhirió al partido Austriaco con demostraciones, que evitaría el menos advertido. Dexò los Habitos Viduales el dia de la Aclamacion, y se vistió de Gala, mandando à toda su Familia, que àsi lo hiciesse: adornò de fiesta el Palacio: escribiò à su sobrino el Rey Carlos, y le regalò con algunas joyas de alto precio. Haviála ofrecido el Conde de la Atalaya, que quedaria por Governadora del Reyno, mientras le disputasse en Campaña Carlos. Nada se le escondió al Rey Phelipe: y quando se retiraron sus Enemigos de Castilla, embió al Duque de Ossuna con duçientas Guardias de à Cavallo, para que entregandola antes un Despacho del Rey, acompañasse à esta Princesa hasta Bayona. Las voces, ò terminos de la Real Carta eran los mas atentos, y reverentes; porque la supplicaba el Rey, que dexando las turbulencias de la Guerra, que tanto agitaba à la España, passasse à go-

zar de mayor quietud en la Francia, en donde estaría igualmente asistida como en Toledo. Este imperio, embosado en ruego, y en obsequio, la afligió infinito, y subordinada à la disposicion de el Duque de Ossuna, pasó con su Familia à Bayona.

Quiso dexar la Mayordomia Mayor de su Real Casa el Conde de Alva de Liste, para mostrar al Rey su fidelidad, y quan ageno havia estado de adherir à los dictámenes de la Reyna, pues antes le avisò por menor de quanto passaba. El Rey, satisfecho del proceder de el Conde, mandò, que prosiguiesse en servirla, y no se hizo cargo alguno à los de su Familia, que hicieron alguna demonstracion de regocijo, para complacerla. Estuvo poco satisfecha la Reyna de el modo con que la conduxo el Duque de Ossuna, porque la obligò à unas jornadas incomodas. (así jugaba este año con los Sobranos la fortuna.) Al Cardenal Portocarrero le perdonò el Rey sus excessos, por su edad, y los servicios, que havia executado. De miedo hizo ultimamente otro, dando una cantidad de dinero, para reparar el daño, que havian ocasionado en Toledo los Enemigos, que no fuè poco.

El Marquès de las Minas, despues de haver desamparado la Tierra de Guadalaxara, quiso, por Aranjuez, penetrar en lo interior de Castilla, por si podia bolver à Estremadura; però cómo era preciso passar la Mancha, y el Marquès de Santa Cruz havia armado aquellos Pueblos, no le fuè facil executar su designio, seguido de las Tropas del Rey Catholico; y así, marchò por Loranca, protegido de la Ribera del Tajo, poblada de Arboles, y Huertas. Aqui el Rey Phelipe quiso dar la Batalla, que tanto deseaban los Españoles. Juntòse Consejo de Guerra, y no fuè de este dictamen Bervich, ni los mas de los Franceses.

El Marquès de las Minas pasó à Chiloeches, y Morata; y aunque el Pabellón Real de el Rey Catholico estaba en Torrejón, le seguian los Franceses, y picaban la Retaguardia. Pasò el Rey su Campo à Ciema

Pozuelos , para defender las Riberas de Xarama , y obligar à los Enemigos à baxar à las llanuras del Tajo, en que podía mejor la Cavalleria Española mostrar su brio , porque la de los Portugueses , sobre ser de mala calidad , estaba cansada con incessantes escaramuzas, porque Don Juan de Cereceda no los dexaba reposar un momento. Sin saber fixamente adonde se encaminaba, movia el passo incierto el Portuguès , explicando su rabia en el fuego , que aplicaba à los Lugares , y en el saqueo hasta de los Templos.

El Rey Carlos , à quien havian dado esperanzas de socorro los Valencianos , se entretenia en los terminos de Castilla ; y como viò el Marquès de las Minas , que era imposible bolver à Estremadura , determinò juntarse con el Exercito de Peterbourgh , y correr la misma fortuna , ò retirarse à Valencia ; y aunque sabía , que no era este el gusto del Rey de Portugal , no tenía otro remedio para conservar las Tropas , que le quedaban , bien disminuïdas , y enfermas. Luego que se juntaron estos Exercitos , se disputò sobre lo que se havia de executar.

El Marquès de las Minas quería aplicar todo el esfuerzo para bolver à Madrid , y penetrar con el Rey Carlos hasta Estremadura , para tomar otro Exercito, que tenia el Portuguès prevenido , de hasta 150. hombres de Reclutas (hechas con el dinero de Ingleses , y Olandeses) y bolver à empezar mas dura Guerra. Gallobay dissentia de este dictamen , cansado de Portugal, y exponiendo la imposibilidad de bolver à penetrar las Castillas con un Exercito de Franceses , y Españoles , yà bien ordenado , y al parecer victorioso , pues sacaba de Castilla à los Enemigos , sin haverlos dexado fixar el piè , con pèrdida de tanta gente.

De este parecer fuè Peterbourgh , que deseaba retirar à Valencia al Rey Carlos , y havian llegado tres mil Valencianos à Cuenca , para assegurar los passos. Este voto fuè el que se siguiò , contra el dictamen del Conde de la Corzana , y el de Galvez , y assi se en-

caminaron por la Mancha , y llegando al Lugar en que estaba el Duque de Naxera , con ninguna repugnancia fuya le mandaron seguir al Rey Carlos , aunque dexò à su muger , y à su hija. Así parece que satisfizo à la queixa , que en el segundo Libro apuntamos.

A grandes jornadas marchaba àcia Valencia el Rey Carlos , y quando entrò en ella , fuè recibido con el mayor aplauso , y regocijo. Todò lo que le aborrecian las Castillas , le amaban los Reynos de la Corona de Aragon. Luego se adhirió à su partido el Conde de Elda , y su hermano el Marquès de Noguèra. Llegò la Vanguardia de el Exercito que governaba Peterbourgh: saliòle à recibir como à su Restaurador el inmenso gentio de aquella Ciudad. El alborozo fieretico de la Plebe tuvo disculpa en el desatinado del Estado Eclesiastico , y Religioso : de este salieron todos (excepto los Jesuitas) y los Franciscos Observantes , y Capuchinos , de Comunidad , y casi esquadronados , llevando la derecha los Observantes , llegando à la presencia del General Inglès , cada uno de los Guardianes le saludò con la ceremonia Militar , de jugar el Espontòn , que llevaban sobre los ombros los dos : sonriyòse Peterbourgh , y bolviendose à los circunstantes , les dixo : *No estamos mal aqui , donde nos sale yà à recibir la Iglesia Militante.* Havia dexado Peterbourgh à Gallobay la Retaguardia , seguida incessantemente de un gran Destacamento de Franceses , mandados por el Señor de Legàl , que se portò en esta Campaña con la mayor vigilancia , è importò no poco para ella el haverles cogido à los Enemigos los Viveres , y hacerlos retirar à San Torquato : èl recobrò unos Hornillos de cobre de Carlos Quinto , que perdiò Don Juan de Austria , quando fuè en Yelves vencido de los Portugueses , disponiendo la fortuna , que viniessen à dexarlos en España.

A 15. de Septiembre havia passado yà el Xucar todo el Exercito Portuguès , y dexado enteramente à Castilla. Entonces puso su Campo en San Clemente el Mariscal de Bervich. El Rey Phelipe , desde Villatoba , por Oca-

Ocaña passò à Aranjuez , y de allí à la Corte , donde fuè recibido con imponderables demonstraciones de jùbilo. Importò este examen de la fidelidad de Castilla para defengañar à los Enemigos, de que no se podia conquistar , segun lo escriviò Peterbourgh à Londres , con la expresion de que no la dominaría el Rey Carlos, aunque tomasse este empeño la Europa toda : pidiò licencia para retirarse à su casa , y se la concediò la Reyna por influxo de Malebourgh.

No podrán borrar los siglos, ni la Real Estirpe de los Borbones , que reynan en España , olvidar la fidelidad de los Castellanos , que desarmados , y sin Exercito que los sostuviesse , repugnaron de genero otra dominacion , que confirmaron al Rey en el Trono , pues si se huvieran declarado por los Austriacos , como lo hicieron los Reynos de Aragon , se subverterìa sin duda el Imperio.

El Portuguès se acampò en Buñol , y el Francès en Albacete. Como posseían los Alemanes à Cartagena, quisieron sitiar à Murcia : no fuè perfecto el cordón , pero era mas que bloqueò , y se huviera rendido , à no estàr con la mayor promptitud socorrida por su Obispo Don Luis de Belluga , que no embarazado de sus Sacras Infu- las , y sus años , montò á cavallo , y juntando gente , no se desdeñò , por el zelo de la Religion , y seguridad de sus Feligreses , de manejar las armas. Tambien el Obispo de Calahorra defendiò gloriosamente los confines de Navarra de las correrías de los Aragoneses.

Quisieron otra vez los Portugueses , que estaban en los confines , ocupar à Salamanca ; pero se defendiò resueltamente , y con empeño la Ciudad : no era yà la estacion à proposito para la guerra ; pero no se diò en toda España Quarteles de Invierno à las Tropas : las de Bervich quedaron acantonadas. El Rey Carlos , à instancia de los Cathalanes , bolviò à Barcelona : la Reyna de España à Madrid , con todos los Tribunales : así renovò el Pueblo su alegria , y regocijo.

El Rey Catholico privò de sus empleos à los Gen-
ti-

viles-hombres de Camara, que no le havian seguido. Estos fueron el Duque de Bejar, los Condes de Fuenfaldia, y Peñaranda: tambien se quitò la Cancillería de Indias al Marquès del Carpio. No se bolvieron à admitir las Damas de la Reyna, porque no la siguieron, aunque se escusaban con haverlas la Reyna dexado, y que despues no estaba el passo libre para Burgos. Esta razon no ablandò el animo de la Reyna, manteniendola en este Decreto la Princesa Ursini, que no era propicia à las Damas, quizá porque no la hacian tantos rendimientos, quantos anhelaba, y así contuvo el Palacio, en que solo Camaristas sirviesen à la Reyna, que estaban mas subordinadas à la Camarera, porque no eran de la alta esphera de las Damas, sin las quales no hay duda le faltaba al Palacio aquel antiguo esplendor, y pompa, porque brilla mas qualquier Principe, quando se hace servir de los de mas alta gerarquía.

Don Joseph de Armendariz, aplicando con valor, y silencio de noche las escalas à Alcantara, la sorprendió, rompiendo con celeridad la puerta. En Valencia recobró el Obispo de Murcia à Orihuella, y partiò con el Coronel Mahoni à recobrar à Cartagena, que despues de cinco dias de batida con Cañon, se rindiò à discrecion.

No tenia aún noticia de su Exercito el Rey Don Pedro de Portugal, y esto aumentò tanto sus accidentes, y melancolia, que à los ocho de Diciembre murió. Principe mas feliz, que prometian los principios de su fortuna, fundada en la ruina de su hermano el Rey Don Alonso, de cuyas manos arrancò el Cetro, y la muger; y aunque los primeros años governò con severidad, despues fuè amantissimo de sus Vassallos, hizo justicia, y la promovia mucho. Era hombre fuerte, y de buena comprehenscion, tenáz, y exacto en lo que ordenaba: nadie, con èl, tuvo tanto valimiento, que soltase las riendas del Gobierno, porque lo veía todo. Succediò en el Reyno su hijo primogenito Don Juan, Principe

çipè del Brasil, à quien luego los Aliados propusieron para Esposa à la Archiduquesa Maria Ana de Austria, hermana del Emperador, para estrechar con este vinculo la amistad; pero los Portugueses siempre hacian de mala gana la guerra, porque veían claramente quan poco provechosa les era, y que no salian las idéas de los que la persuadieron: porque el Marquès de las Minas escribió la incontrastable fidelidad de los Castellanos, y dió noticia de como era casi imposible, que ni un individuo de su Exercito bolviessè à la Patria, yà porque estaba arruinado, yà porque los passos los tenian los Castellanos cogidos, y los guardaban con la mayor vigilancia. Estas Cartas llegaron por Mar, y consternaron no poco aquella Corte, que sin operacion alguna perdía unas Tropas, recogidas con gran trabajo; porque no es Portugal, por lo corto del País, lugar de grandes Reclutas, ni la gente es inclinada en este siglo à la guerra.

Gallobay, que no estaba muy de acuerdo con el Marquès de las Minas, escribió al Ministro Britanico, que residia en Lisboa, casi un Diario de lo sucedido en España, dandole cuenta por menor, para que la diessè à aquel Rey, y embiassè otras Cartas adjuntas à la Reyna, en que cargaba al General Portuguès el mal éxito de aquella Campaña, por haverse entretenido tanto en Madrid, y dado quarenta dias de tiempo al Rey Catholico, para que le viniessen los socorros de Francia, quando antes podia echarle de las Castillas, è ir à sitiar à Pamplona, enteramente desprevénida, con lo qual, no pudiendose mantener la Rioja, y la Provincia de Alaba, se veía la Reyna obligada à passar à Francia, y el Rey à retirarse à los Pyrinèos, adonde le seguirian pocos.

A esta negligencia del Portuguès añadia Gallobay, que pudo deshacer las Tropas del Duque de Berovich, dandole la Batalla antes de ponerse entre Guadaxara, y Alcalà, y aun despues; porque tenia superior numero de Gente, y la del Rey no passaba de veinte

mil hombres , con no poca penuria de Viveres, y dinero. Todo esto lo confirmaron en Londres las Cartas de Peterbourgh , el qual añadia la gran discordia de aquel Exército, y los varios pareceres en los Consejos de Guerra , queriendo el Rey Carlos , que entrassen en ellos los Españoles , que seguian su partido, aunque inexpertos en la Milicia.

El Conde de Oropesa , el de Cifuentes , el de Galvez , el de la Corzana, los hijos del Marquès de Mondejar , y el Duque de Naxera entraron en una Junta de Guerra , de lo qual irritado Peterbourgh , retirò las Tropas à Valencia. No faltò quien de esto le acriminasse en Inglaterra, por Cartas del Rey Carlos que estaba inclinado , despues de la union de los Exercitos , à dár la Batalla à Bervich ; y aunque de esta opinion fue el Marquès de las Minas , y lo aconsejaban los Españoles , no fue posible vencer al General Inglès , que desesperò de rendir las Castillas , y no tenia Almacenes prevenidos, ni copia de Viveres ; y passò à tanto la ira contra Peterbourgh, que se le imputaba casi secreta inteligencia con el Francès : lo qual exactamente inquirido , hemos hallado ser falso.

Ni le faltò à Bervich su Crisis , por no haver dado en las Riberas de Tajo la Batalla al Marquès de las Minas , como quería el Rey Phelipe , y sus Ministros ; porque marchaban con tal desorden , y sin provisiones los Portugueses , que se podia probablemente esperar la victoria , y passaron los Rios hasta el Xucar en partidas , y no formados.

Esto acrecentò à los Españoles el odio contra los Franceses , acusando la negligencia de Bervich , y mostrando al Rey , que en quantas ocasiones llegaron à las manos con los Enemigos en esta Campaña , havian quedado vencedores ; porque el Coronel Don Juan de la Paz con solos quinientos Cavallos havia atacado tres veces à la Cavalleria enemiga , y la havia puesto en huída , haciendo 300. prisioneros : Que solo Don Juan de Cereceda havia hecho detener , y mudar marcha

cha al Exercito con sus correrias, cogiendo en Tarancòn todo el vagage de Peterbourgh: que lo proprio havia hecho Don Francisco Cavallero, venciendo con pocos à muchos; y que assi yà experimentado el valor de las Tropas, se debia aventurar la Batalla, que sería sin duda decisiva. Daba no pocas razones en su defensa Bervich, que se vieron en una Carta, escrita al Rey Christianissimo, diciendo, no havia querido aventurar aquel pequeño Exercito, unico Presidio de la España toda.

Antes de concluir el año, recobró el Theniente General Gabriel Hesio à Cuenca, haciendo dos mil prisioneros. Tambien se tomó à Elche con otros mil, los mas Ingleses. Assi feneciò, sin descargar sus iras el nublado, que amenazaba à la España, combatida este año de tantas desgracias, no solo en su Continente, sino tambien en Italia, Flandes, y en las vecinas Islas; y como està la mas inmediata à Cathaluña la de Mallorca, pocos Navios Ingleses, que se pusieron à vista de la Ciudad de Palma en cordon, hicieron tumultuar al Pueblo.

Havia fomentado mucho tiempo antes esta conjura en Palma, Capital del Reyno, Don Juan Antonio Bojados, Conde de Seballà, Cathalàn, pero hombre de grande authoridad en Mallorca, por el illustre, y antiguo Mayorazgo de la Casa-Paz, que posee en aquella Isla. Valiose para esto de Don Francisco Sola, Juez mas antiguo en aquella Real Audiencia, y del Doctor Pablo Balbona, Administrador de su hacienda.

Tomaron este partido Don Nicolàs Truyols, Marquès de la Torre, y casi toda su familia, la de Escallàr, Bordils, Net, Berard, Dameto, y Zaforteza. A estos siguieron hombres de menor representacion; y à uno de ellos, llamado Salvador Truyols, se le eligiò por Caudillo del tumulto popular, que se prevenia. Casi toda la Nobleza nueva era del partido Austriaco, y no pasaban de 25. los Cavalleros, que seguian el partido del Rey Phelipe.

Contaminò la conjura à los Ecclesiasticos, relaxados por la mayor parte, desde que murió el Arzobispo Don Pedro de Alagòn, hombre de la mas severa, y rigida disciplina Ecclesiastica, lleno de virtudes, y defensor accèrrimo de su jurisdiccion; y aunque le succediò en la Prelacia Fray Francisco Antonio de la Portilla, Religioso Observante, hombre exemplar, y de la mayor fidelidad al Rey, no tenía tanta authoridad, como su antecessor, y así los Ecclesiasticos libremente se mancharon de la traycion, que trascendiò à los Regulares, principalmente à los Capuchinos.

No ignoraba el Virrey, Conde de Cerbellòn esta trama, y ayudado de Don Marcos Antonio Cotoner, Cabeza del Magistrado de la Ciudad, hombre illustre, zeloso, y leal, procuraba con buen modo, porque no tenía Tropas, apagar esta oculta sediccion; pero los ocultos Emissarios de Cathaluña, y del Reyno de Valencia la mantenian viva, porque sabian, que havia de venir la Armada Enemiga, mandada por el General Lach, contra aquel Reyno. Al fin, pareció en ella el dia 24. de Septiembre, acordonada fuera del tiro del Cañon de Palma: todas eran quarenta Naves de varia magnitud. Venia en ella el Conde de Saballa, nombrado por Virrey, y Plenipotenciario del Rey Carlos. Embió una Faluca con cartas al Virrey, y al Magistrado. La respuesta fue heroyca. Embióse con ella à Don Geronimo Pablo de Puidorfila, y Don Miguel Cotoner, ambos del Partido del Rey Phelipe. Indignóse el General Inglès, y mucho mas el Conde de Saballa, con quien por la noche fue hablar secretamente Don Thomàs Saforceza, uno de los conjurados.

El dia 26. en que parecia estaba todo con quietud, salió à reconocer la Ciudad con algunos Cavaleros el Virrey: oíanse confusas voces, que aclamaban à ambos Principes. Juntaronse ochocientos hombres, toda gente de Mar, aclamaron al Rey Carlos, y ocuparon la puerta de afuera, que entra al Muelle. El

Virrey,

Virrey se retirò à un Fortin , y despues al Palacio. Don Marcos Antonio Cotoner quitò con Don Matheo Gual, y dos hijos de Don Antonio Sureda atacar los Sublevados : era su intento matar à Salvador Truyols , Caudillo de los Rebeldes , pero no pudo lograr esta fortuna , aunque Don Dionysio Rugerio le disparò dos caravinzos. Quiso tambien de un Baluarte hacer fuego contra los Seditiosos , pero por traycion de los Artilleros hallò defechas las Cureñas.

A este tiempo llegó Don Gabrièl de Verga con treinta Cavallos : era hombre alentado , de la primer distincion en la Nobleza , y amante de su honrà : entròse al tumulto con arrojò , disparò contra uno de los Sublevados su pistola , y este le respondió con un fusilazo , que le quitò la vida. Con este delito creció el tumulto , agregóse mas gente , y aun entraba de fuera de la Ciudad , que yá estava casi toda perdida , porque se havian formado tres Cuerpos , uno de Marineros , otro de Ciudadanos , y el tercero de Eclesiasticos.

Viendose yá el Virrey ceñido de Enemigos (aunque lo contradixo Don Marcos Cotoner à los principios) embió à la Armada al Conde de Montenegro , al Marquès de Belpuch , Don Juan Sureda , y Don Salvador Sureda , para pedir capitulacion. Acordóseles facilmente , entregandose la Plaza , y todo el Reyno , con la Fortaleza de San Carlos. El dia 27. se publicaron las Capitulaciones , que eran breves , con casi universal júbilo de aquel Pueblo : consistian estas en la observancia de los Privilegios , y à cada uno la libertad de poder salir de aquel Reyno. Tomò possession de èl por el Rey Carlos el Conde de Saballà. Luego salió Don Marcos Antonio Cotoner con los setenta Franceses , que estaban en la Fortaleza de San Carlos , y Don Geronymo Pablo Puidorsila , los quales fueron conducidos à Rosas. Despues salió el Virrey el dia seis de Octubre , con su familia , Don Miguèl Bòrdils , Governador de San Carlos , Don Miguèl Cotoner , Don Antonio Puidorsila , Don Dionysio Rugerio , Regente

de la Audiencia, y Don Joseph Leyfa, Ministro de ella, que desembarcaron en Almeria. El Obispo, por afecto al Rey Phelipe, fuè llamado à Barcelona, donde murió. Tambien desterraron nueve principales Cavallos, porque la rabia de los Rebeldes passaba à persecucion.

Con facilidad tomò el Conde de Saballa à Menorca, pero no pudo por entonces rendir el Castillo de San Phelipe, que defiende à Puerto Mahon. Así se rindieron las Islas, y con solo una Carta del nuevo Virrey, la de Ibiza, adjacente à las que llaman Baleares, y la Formentera. En esta forma se iban perdiendo los Reynos de la Corona de Aragon, sin que le costasse al Rey Carlos mas trabajo, que quererlos, porque sobre estar los mas indefensos, era contagio el error, y la infidelidad.

Mas gloriosa pagina ocupan en la Historia las Islas de Canarias, donde à cinco de Noviembre apareció con trece Naves de Guerra el Almirante Genings, dirigiendo la proa al Cabo de Santa Cruz sin Estandarte, para que no se previnieffen à la defensa sus Paysanos, que solo con la duda de que fuesffen enemigos, tomaron todos las armas, y coronaron la Ribera. Yà vecinas al Puerto las Naves, pusieron Vandera de Francia, y poco despues de Suecia; y quando era yà preciso acañonear à los Baluartes, porque hacian mucho fuego, explicaron Vandera Inglesa. Era esto en la Isla de Tenerife, que en ausencia de Don Agustín de Rojas gobernaba Don Joseph de Ayala, à quien escrivió una Carta muy cortesana el Almirante Inglés; pero estaban los ultimos periodos llenos de amenazas, si no se rendía la Isla al Rey Carlos. La respuesta fuè breve, y honrada, diciendo, que se defenderian, guardando al Rey Phelipe fidelidad, mientras durasse la vida. Lo demás lo explicó el Cañon de la Plaza, que apartò à los Enemigos del tiro, y desengañados, se hicieron à la vela el dia siete de el mismo mes àcia sus Puertos.

AÑO DE M.DCCVII.

LIBRO VIII.

CON el Ducado de Milán, se entregò tambien à los Austriacos el Marquesado del Final, no porque hicieron gran fuerza en esto los Alemanes, sino porque no se podia yà defender. Mudòse enteramente el theatro de Italia, y quando creyeron sus Principes haver roto una cadena, se ponian otra.

Yà reflexionaba sobre sí mismo el Duque de Saboya, menos atendido de los Alemanes, y poco satisfecho, por no haverle cumplido quanto le ofrecieron. Tenia yà acabada casi su guerra; pues aunque los Franceses poseian la Saboya, y el Condado de Nissa, no podia recobrarlos por Armas, porque despues de la demolicion de algunas Fortificaciones, todo quedaba abierto, y à arbitrio de los Franceses: estaban acantonadas sus Tropas en la Raya; pero era en vano, porque los Franceses no querian de la Saboya mas, que consumirla à contribuciones, y desfrutarla. Se havia retirado à Paris, despues de haver perdido el Ducado de Milán, el Duque de Orleans, y para restaurarle su opinion, fuè elegido al mando de las Tropas de España: baxaban otras de la Francia para confirmar aquella parte del Reyno, que yà claramente se veia no querer à otro Principe; pero tuvo orden el Duque de Bervich de no dexar el Exercito, hasta que llegasse el de Orleans.

Sobre el apartar à aquel, se discurrió variamente en la Corte, y se atribuía à no ser bien visto de la Princesa Ursini, cuya àspera conducta contra los Españoles desaprobaba el Duque, porque havia entrado en el

conocimiento, de que sin ellos no se podia el Reyno mantener, y habló con ingenuidad al Rey en esto, no sin la aceptacion de todos los afectos al Rey; y aun se creyò estimulado de Don Francisco Ronquillo, que quan severo era contra los que le parecian desleales, patrocinaba à los finos, y zelosos del bien del Reyno, y de la Persona del Rey. A ella verdaderamente se dirigieron los obsequios, y las finezas; pero no se puede negar, que sostuvo mucho el animo de los Castellanos la natural vanidad de no ser conquistados de Aragoneses, y Cathalanes, y ultrajados de los Portugueses, à los quales despreciaban, y aborrecían.

Estas razones daba la Princesa Ursini à Amelot, y à algunos Italianos, para que nada se les agradeciese à los Castellanos, con lo qual creció la discordia, con no poco perjuicio, y assi padecia el Palacio alguna confusion. No estaba muy unida la del Rey Carlos en Barcelona, despues que se fuè Peterbourgh, porque el mando de las Armas quedò al Marquès de las Minas, y Gallobay, entre si enemigos, y hombres de menor authoridad, que necesitaban aquellas Tropas, compuestas de tantas, y tan varias Naciones, que reconocian distintos Gefes.

A los Cathalanes no les dexaban tomar tanta mano el Principe Antonio de Leichtestein, y el Duque de Parma; pero el mas introducido en la gracia del Rey Carlos era el Conde Stella, Napolitano, que no desayudaba à que la passasse el Rey divertido. No son à la Historia necessarios el referir los rumores, que esparcia la fama, quizás falsos, aunque en Barcelona passaban por verdaderos, no sin descredito de alguna Familia.

Estas voces alentaban los Castellanos, que seguían à este Principe, de envidia de que no se hacia de ellos tanto caso, como imaginaba su vanidad, y no fuè alguno admitido al Consejo Secreto mas que el Conde de Orpeza, por instancias del Rey de Portugal su pariente, que aun le daba de su Real Erario asistencias. Esto tenia en alguna veneracion al Conde, al qual no desayuda-

habian las Artes de su muger; pero à los demàs Españoles los tenia abaridos el Principe de Leichteſthein, y havia el Emperador escrito à su hermano, que no se fiase de los Castellanos, y mas quando supo, que el Conde de Oropesa se escusò de asistir à muchas Juntas, diciendo estaba muy viejo, y cansado, y que votaba de mala gana contra Castilla.

A los Cathalanes los sostenía Don Ramòn Vilana Perlas, uno de los Secretarios de aquel Universal Despacho; porque Leichteſthein à todos procuraba apartar del animo del Rey, y que solo à los Alemanes adhiriesen, y pedia para el gasto del Palacio à la Ciudad sumas inmensas, no sin quexa de los Cathalanes, con tan civil expresion, que decian se gataba demasiado en Musicos; porque el Rey Carlos tenia algunos para su diversion, llevandole su genio à la Musica, en la qual estaba bastantemente intruido. Todo lo que era deprimir à los Cathalanes, lo hacia Leichteſthein con animosidad, y decia publicamente, no se debia fiar de gente enemiga, de quien la domina, è inclinada à la rebelion, estando esta ultima concebida no en el amor à los Austriacos, sino en el temor à los Franceses.

Quando llegó à Londres Peterbourgh, proponia tan dificil la Conquista de la España, que huviera la Reyna suspendido los socorros, para continuar en ella la Guerra, à no ser de contrario dictamen Malbutch, que gozaba unicamente del favor, y havia crecido su credito, y autoridad con tantas victorias al àpice de la mayor felicidad. Este hacia ver à la Reyna quanto la importaba estar armada, y tener Aliados, no solo por la sublevacion sucedida aquel año en Escocia, sino porque no ignoraban los parciales de la Reyna, quanto trabajaban en Francia los Escoceses, y los Jacobitas; para que tomase el Rey Christianissimo la empreſsa de restituir al Trono al Rey Jacobo, y así la era preciso à la Reyna estrechar la amistad con el Cesar, que era el alma de la guerra, y la alentaba con el mayor esfuerzo; que como no tenia descendencia varonil, buscaba para su her-

hermano un Reyno ; porque con effo quedaban los Estados Hereditarios para su hija la Archiduquesa Maria Josepha. Para assegurar mas en la Alianza al Rey de Portugal , dispuso , que la Reyna de Inglaterra le ofreciesse por Esposa à su hermana la Archiduquesa Maria Ana , y el Rey Carlos en dote la Estremadura , y juntamente dos Puertos en Galicia , despues de conquistada la España.

Como el Rey Don Juan no tenia mas que diez y ocho años , le afsistian al Gobierno el Duque de Cadaval , los Marqueses de Alegrete , y Mariana , y el Conde de Diana , que no todos aprobaban este casamiento ; porque le ganaba la Archiduquesa al Rey seis años : el dote les parecia quimerico , y la nueva Alianza de sumo empeño ; porque estaban cansados de la guerra los Portugueses , y quexosos de que les havian quitado todas las Tropas Veteranas , y no reemplazadas las que havian entrado con el Marquès de las Minas , y Gallobay en Castilla , por lo qual quedaban indefensos los confines , y aunque havian juntado otro Exercito era de gente inexperta. El Almirante Skiovel remplò estas quexas , ofreciendo traer luego otras Tropas.

Havianse perdido , como diximos , en precedente año las Islas de Mallorca , y Menorca ; pero quedaba el Castillo de San Phelipe , que defiende à Puerto-Mahòn , donde haviendo entrado con seis Naves de Guerra el Conde Villars , Francès , y desembarcando, armaba la Marineria , y la Guarnicion de los Navios, recobrò la Isla de Menorca ; porque sobre haver pocos presidiarios Ingleses , los hombres mas principales de ella , que eran los Martoreles, y Esquellas , eran parciales del Rey Catholico , cuyo nombre se bolvió à aclamar en aquella Isla inutilmente ; porque haviendola desamparado los Franceses, siendo toda llana, y abierta, y como un Arrabàl de Mallorca , perseverando esta en el Dominio del Rey Carlos, le fuè facil al Conde de Escallar con pocos Navios Ingleses bolverla à recobrar.

Corría estos Mares la Armada de los Aliados, y se dexò ver en Sicilia, por si tomaba cuerpo una conjura, que no ignoraban estaba tramada de algunos Ciudadanos, y otros hombres principales en la Plebe. No se le ocultò al Marquès de los Balvases, Virrey de aquel Reyno; y haciendo algunos prisioneros, se desvaneciò por entonces la malignidad de la intencion. No era tampoco buena la de algunos Españoles domiciliados en aquel Reyno, de un Tercio antiguo, que llevaba à mal que viniessen à presidiarle los Franceses, y que à ellos los sacassen de Palermo à otros Lugares de menor importancia.

No estaba el Reyno de Cerdeña libre de este contagio, aunque muy oculto; porque los desafectos, que eran los parciales de la Casa del Marquès de Villazor, andaban con la mayor cautela, y se avigorò mas su intencion, quando vieron que havia otros de su dictamen: porque governando aquel Reyno el Marquès de Valero, se vieron prender à Don Joseph Zatrillas, Marquès de Villa-Clara, que estaba en sus Estados, y à Don Salvador Lochi, Juez de la Real Audiencia, y en un Gangil Francès embarcarlos, sin dilacion alguna, à la Francia. Despues se prendiò à un Medico, que era del Magistrado de la Ciudad, aguardando solo à que dexasse la Chia. Estos eran verdaderamente inocentes, y parecieron culpados. El caso pasó de esta manera.

Hallabase en Zaragoza un Frayle Mercenario llamado Trincas, quando se tuvo allà la noticia de que havia aclamado Madrid al Rey Carlos; y creyendo que yà estaba toda la España perdida, valiendose de unos Poderes, que traia de los referidos sugetos, diò por ellos memorial al Rey Carlos, los quales los embiò al Marquès de las Minas, para que en el Consejo de Aragon, que havia formado, se viesse, y los recibì, aunque tarde, Don Juan Geronymo Ricarte, Secretario en aquel Consejo, por lo tocante à los negocios de Cerdeña. Privado este de su empleo, porque despachò

con

con el Marquès de las Minas, y reconociendo sus papeles Don Pasqual de la Sala, à quien se confirió, se hallaron estos Memoriales, en que el Marquès de Villa-Clara pedía el Gobierno de los Cabos de Callèr, y Gallura, que possèia Don Vicente Bacallar y Sannas; Don Salvador Lochi una Plaza de Regente Provincial en el Consejo de Aragon; y los del Magistrado pedian confirmacion para otro año. Esta accion de dar los Memoriales, que era acto de reconocimiento en personas que vivian en Cerdeña, era sin duda delito; però solo le cometió el Frayle, movido de la amistad que tenia con ellos, y creyendo la entera ruina del Rey Phelipe.

Esto hirió mucha parte de aquella Nobleza, incluida en la Familia de los Zatrillas, una de las mas illustres de aquel Reyno, y enagenò el animo de Don Salvador Zatrillas, hermano del Marquès, y del Conde de Villa-Salto, su hijo, yerno de Don Antonio Genovès, Marquès de la Guardia, con lo qual se acrecentaba el partido de los descontentos, que solo aguardaban la ocasion para manifestarlo.

Tambien diò el referido Trincas al Rey Carlos una memoria de los Nobles afectos à su partido, y de los parciales del Rey Phelipe, que se cogió en los mismos escritos de Ricarte, y la embió el Rey al Marquès de Valero, para que informasse de ellos. Esta memoria hemos tenido en nuestras manos, y no debemos pro-
 nunciar lo que à su arbitrio escribió el Frayle; porque poniendo muchos de sus amigos en el partido del Rey Carlos, creía hacerles beneficio; mas no dixo en todo mentira. El blando, y piadoso animo del Marquès de Valero, ò no quiso hacer mal à muchos por solas sospechas, ò se le escondió la verdad; y pudiendo entonces sacar del Reyno à los que le perdieron, le dexò en quietud; ò despreciò su poco poder, (como decia) no teniendo aún Guarnicion aquellas Plazas, para oponerse à las insolencias del Pueblo. Nada de esto ignoraban los parciales Austriacos en Cerdeña, y ya los agitaba un
 que-

nuevo temór , que hacia discurrir medios á su seguridad. Tenian sus Protectores en la Corte , que mal informados estendian su favor fuera de lo justo ; pero perdieron este asylo ; porque el Rey Catholico suprimió el Consejo de Aragon , y agregó la Cerdeña al de Italia , en que era Presidente el Marquès de Mancera, casi solo de nombre ; porque faltando el Ducado de Milàn , era menor su authoridad.

Estaba proximo à la rebelión el Reyno de Napoles , que despreciaba igualmente al Consejo Supremo, y al Virrey Marquès de Villena, trabajando incessantemente el Cardenal Grimani en la Conjura , que tuvo èxito mas feliz que la primera , porque la apoyaron las Armas. La Guerra de España alentaba à los conjurados , que , ò no creian que el Rey Phelipe havia buuelto à la Corte , ò lo callaban , aunque estaba cansado de publicarlo el Virrey , y de exaltar las fuerzas del Exercito de Bervich. Este estaba acampado muy dentro de Valencia, haciendo irreparables correrias , y à igual à los Enemigos ; porque estaba el Exercito del Marquès de las Minas , y Gallobay, sumamente disminuído , y discorde.

Entre los confines de Aragon, y Navarra , donde era Virrey el Principe de Sterclaès , havia una continua guerra de pequeñas partidas , y desde Egea infestaban à Bardena los Aragoneses ; por esso determinó el Virrey, que el Marquès de Salutzo sitiase à aquella , donde havia de presidio 600. hombres. Pusolo en execucion; plantò Baterias , y Morteros , y aunque no muy perfecta la brecha , diò à un tiempo quatro assaltos por distintas partes , conduciendo las partidas los Coroneles Vizconde del Puerto , Don Francisco Mencòs, D. Agustín Sola , y el Señor de Clarfuntàn , Francès. Resistieronse los Sitiados valerosamente por espacio de dos horas , pero fueron al fin vencidos.

Se distinguieron en esta accion los quatro nombrados Coroneles , Don Felix Marimòn , y el Marquès de Santa Clara. El Marquès de Salutzo , que era hombre de animo feròz , è implacable , mandò passar à cuchillo

à los moradores , exceptuando niños , y mugeres , y à algunos pocos, que se retraxeron à los Templos, no del todo libres de la defenfrenada furia de los Soldados, à quienes se permitió el saqueo , y despues se mandò quemar enteramente la Ciudad. Afsi solo de la infeliz Egea quedaron tristes vestigios en la memoria. Con esto descansò Navarra.

El Mariscàl de Campo , Conde de Ayanz, partiò de Sanguesa contra un Lugar , que llaman , *un Castillo*: desampararonle sus moradores , y le entregò à las llamas, y lo proprio hizo de Luesia. Los moradores de los circunvecinos Pueblos se retiraron à la Montaña , y desde allí baxaron contra Verdum , que socorrido por Don Felix Marimòn , puso en fuga à los Aragoneses. Ni aun con esto escarmentaron ; porque un gran numero de ellos se interpuso entre Xaca , y su Castillo , à quien socorriò el Marquès de Salutzo ; pero el poder llegar à tiempo se debiò al valor , y atrevimiento del Vizconde del Puerto ; porque habiendo hallado las Tropas alto el Rio Javerre , y defendida la contraria Ribera de los Rebeldes , fuè el primero que entrò en èl , llegandole el agua à mas de la cintura : siguieron el heroyco exemplo los Coronèles Mencos , y Durbàn , y se retiraron los Rebeldes à un vecino Bosque : allí los atacò el Marquès de Santa-Clara , y los obligò à huir , habiendo antes muerto à muchos , y hecho prisioneros no pocos. Logrò Salutzo felizmente su expedicion , y dexò bien abatida à Xaca.

Todo el cuydado del Exercito del Rey Phelipe era Valencia , en cuyo Reyno estaban acampados los Enemigos , fatigados con correrías continuas de la Cavallería del Rey , principalmente de las partidas, que conducía Don Juan de Cereceda , que con ochenta Cavallos, ayudado de el valor , y de el ardid , venciò muchas veces à quinientos.

Con Reclutas continuas de la Francia , y de la España se aumentaba el Exercito de Bervich , que estaba aguardando al Duque de Orleans , el qual à diez de
Abril

Abril llegó à Madrid , y fuè recibido de los Reyes con el mayor agasajo , aunque al Duque le quedaba el sin-fabor de que algunos de los Grandes de España , que descenden de la Sangre Real de Castilla , y Aragon , rehusaron el verle , por no darle el tratamiento de Alteza : esto lo disimuló el Rey con gran prudencia ; pero no dexò de desagradarle la que creia mas por sobervia , que por razon , y mas queriendo tener contento al Duque de Orleans , porque tenia las Armas de España en su mano.

Estaban yà no lexos de Valencia los Exercitos à la vista , observando cada uno los movimientos de su Enemigo. En Yecla , y Caudete estaba el Marquès de las Minas , y en Montealegre , y Chinchilla Bervich , no queriendo este dàr la Batalla , hasta que el Duque de Orleans llegasse ; pero con todo esto le fuè preciso moverse de Chinchilla , y juntar en Montealegre sus Tropas.

A los 19. de Abril , mientras los Portugueses passaban de Yecla à Villena , tomaron su Castillo , y despues le desampararon , y se acamparon en Caudete. Los Franceses , y Españoles en el Campo de Almanza , dexandola atrás por la derecha , casi formados en Batalla ; porque veían , que los passos de los Enemigos se enderezaban à ella : al fin , al dia 25. de el mismo mes marchò , formado contra los Españoles , el Marquès de las Minas.

Rehusaba , quanto podia Bervich , venir à las manos , ò por esperar al Duque de Orleans , ò por no aventurar en una accion la Corona ; porque en toda España no havia mas Exercito , y solo en Estremadura estaban algunos Regimientos ; pero yà no daba lugar à mas reflexiones el Marquès de las Minas , que baxaba por un modesto Collado à la llanura , y tenia puesta su Artilleria en parage , que con poco abance estaban baxo del tiro los Franceses , que luego plantaron la suya. Empezaron à cañonear los Exercitos , con poco daño de una , y otra parte , porque aun estaban las Lineas estrecha-

chadas , y marchaban unidos los Portugueses , è Ingleses , que regía Gallobay en la siniestra , donde cargó la mayor fuerza ; porque la derecha de los Españoles la mandaba el Duque de Populi , con las Guardias del Rey , de à Cavallo. La Infanteria de esta ala estaba à cargo de un Theniente General Francès , y de Don Antonio del Valle. En el centro estaba el Duque de Bervich asistido de Don Miguel Pons ; y en la izquierda el Señor de Lavare , Francès , y Don Carlos de San Egidio , contra el Conde de la Aralaya , porque el centro del Exercito Austriaco le tenian el Marquès de las Minas , y el Conde de Donna , Olandès.

Estaban los Españoles firmes sin empezar el combate , al qual dieron principio impacientes los Ingleses por el centro , cubiertos de su Cavalleria , que cargó contra Bervich : luego movió su ala el Duque de Populi contra Gallobay , con tanto ímpetu , que desbarató la primer linea de los Enemigos ; pero sosteniendo ferozmente la segunda , no solo hizo parár al Duque de Populi , sino que precipitadamente le obligó à retroceder hasta la segunda linea , que regía el Cavallero de Asfelt , el qual la havia con arte ordenado con tantos espacios , y vacios , para que si la primer linea bolvia atrás , no le desordenasse la suya ; y viendo que venia huyendo , dió à los suyos , que era arte , para acometerlos desordenados despues , y que no se moviesen , hasta que hiciesse con un lienzo la señal.

A esta prudente disposicion favoreció la fortuna ; porque siguiendo à la primer linea del Duque de Populi desordenadamente los Enemigos , y confusas las dos suyas , encontraron con la de Asfelt , que los esperaba à pie firme , y havia puesto al Regimiento de Humena en parage , que recibió à los Enemigos con tan horrible fuego , que no solo les embargó el ardimiento , pero se confundieron de manera , que cargando sobre ellos toda la segunda , y la primera , que havia buuelto à reparar , à espaldas de la de Asfelt , el Duque de Populi , venció à Gallobay , y deshizo en-

teramente la izquierda de su Exército con muerte de muchos, seguidos en la fuga, y despedazados en la Batalla; porque las Guardias, para borrar la primera accion, se arrojaron nuevamente, espada en mano, con el mayor ímpetu, aunque yá no hallaron resistencia; porque fueron en vano las persuasiones de los Cabos Ingleses para detener los suyos.

Viendo Gallovay, que era imposible bolver à formar la izquierda, juntò los infantes, que pudo à espaldas del centro, y los introduxo en las filas con alguna Cavalleria, que havia quedado de Oficiales, y de gente mas amante de su honor, que los que havian precipitadamente huído. Esto avigorò las Tropas del centro, que peleaban valerosamente contra Bervich: y protegidos de su derecha, le havian hecho retroceder casi hasta Almanfa, cediendo los Franceses, y Españoles al brio de sus Contrarios: no dexaron el combate, ni bolvieron la espalda, pero rompiò el Marquès de las Minas la primera, y segunda linea, y pasó adelante con mas que probables esperanzas de victòria; porque era inutil la que los Españoles havian tenido por la derecha, quando estaba su centro dividido en dos Cuerpos, donde los Oficiales mandaron formar dos caras para coger en medio à los Enemigos.

Este fuè el acertado orden, que diò Bervich, corriendo valerosamente el Campo, que no solo reparò el daño, pero le diò la victòria; porque acometiendo por las espaldas del centro de los Enemigos con dos Regimientos de Cavalleria Don Joseph de Amezaga, los sorprendiò de genero, que fuè menester valor para pelear con orden; entonces estrecharon las dos partes del centro divididas, y cogieron en medio à los que se havian internado tanto, que no podian escapar.

Los Ingleses, y Alemanes sostuvieron la accion con imponderable brio. Alentaba à sus Portugueses el Marquès de las Minas, pero era en vano; porque havian descaecido los animos, y ceñidos en circulo de sus Enemigos, rindieron las vidas; escaparon pocos, y entre ellos

ellos herido Gallobay , y algunos Oficiales. El Marquès de las Minas se pasó à la derecha , y la fortificò con quanta mas gente pudo. Estaba yá la victoria por los Españoles en el centro , y la derecha , pero no estaba el Exercito enteramente vencido ; porque el Conde de Donna , que no se havia adelantado tanto , retirò à las alturas de Caudete trece Regimientos , y aun no havia peleado la derecha ; pero fue con tanto denuedo acometida de la izquierda de los Españoles , que se travò un riguroso combate , y murió tanta gente de ambas primeras lineas , que fue preciso ser socorridas de las segundas.

Dos veces se separaron las Tropas , bolviendo cada qual à su lugar ; pero avergonzadas las del Rey Phelipe de no entrar à la parte de la gloria , acometieron de genero , que despues de bien sangrienta disputa , huyó herido el Marquès de las Minas , y fue el residuo del Exercito , y toda el ala derecha vencida. Hallaronse difuntos todavia formados algunos Regimientos Portugueses , y muy pocos de los de esta Nacion pudieron contar la desgracia. Tuvieron los Franceses , y Españoles una completa victoria , y decisiva , porque si la hubieran perdido , era probable la subversion del Trono.

Esta es la cèlebre Batalla de Almanza , à la qual diò eterna memoria el Rey con una Columna , que mandò erigir , y entallar en Marmol su inscripcion. No será menos eterna la gloria , que adquirió el Duque de Bervich ; parte de la qual tocó à los que se distinguieron , y fueron el Duque de Populi , el de Sarno , el Señor de Lavarè , D. Carlos de San Egidio , D. Miguèl Pons , Don Antonio del Valle , Don Juan Caraciolo , Don Lelio Carrasa , el Marquès de Santelmo , y Pisaneli , quedandò muchos destos heridos. Sostuvo valerosamente el lugar de Don Diego Davila , Don Geronymo de Solis , y Gante , despues de muerto aquel. Tambien murieron en el ardor del Combate el Señor de Postròn , y Sileri , Franceses : no quedaron los Valones inferiores

res, y entré ellos el Señor de Bucoy, el Duquè de Abre, y Potelbergh: este ultimo con un Batallon de Infanteria resistió en la derecha à la furia de dos de los Ingleses, y los deshizo, que contribuyò infinito al triumpho de esta ala.

Mucho mas que todos los Franceses hizo Asfelt, que al otro dia traxo prisioneros, con el Conde de Donna, trece Batallones, que sitiò en las Alturas de Caude-te, cinco de Ingleses, otros tantos de Olandeses, y tres de Portugal. Quedò en el Campo rico botin à los Vencedores, donde se hallaron, sobre infinitas Armas, y Provisiones de Guerra, veinte Piezas de Cañon, trescientos Carros cargados de municiones, y ciento y doce Vanderas. Se rindieron prisioneros cinco Thenientes Generales, siete Brigadieres, veinte y cinco Coroneles, treinta Thenientes, Capitanes, y Subalternos ochocientos, Soldados prisioneros doce mil, sin los que murieron en el Campo, que fueron seis mil.

Estos diez y ocho mil hombres perdiò el Rey Carlos; y fue tanta la desercion, que en la Revista, que el Marquès de las Minas, y Gallobay mandaron passar en Tortosa, (adonde se retiraron) no llegaban à cinco mil, y estos los mas de Cavalleria; porque los Infantes no passaban de ochocientos. Dos mil y quinientos Españoles murieron, los mas de las Guardias del Rey, que hicieron maravillas, y mas de mil quedaron heridos. Esta tan cumplida victoria abrió al Vencedor toda la tierra no fortificada, menos Alcoy, y Xativa, fiados en la eminente situacion, y en estàr ceñidos de una, aunque simple, Muralla, y tener Presidio de Veteranos. En Xativa estaba el Marquès de las Minas, que, para entretener el curso de la victoria, inflamò aquellos animos, y se retirò à Tortosa.

Luego se despachò esta feliz noticia al Rey Catholico con Don Pedro Ronquillo. Al otro dia llegó à Madrid el Conde de Pinto con cien Estandartes, los quales embió luego el Rey à su Capilla de Nuestra Señora de Atocha: allí se veian las Armas de muchos Príncipes,

la Inglaterra, la Olanda, Brandemburgh, el Palatino, Portugal, Luneburgh, y muchos Principes del Imperio: tantas Naciones concurrieron contra la España, y lo que era mas lastimoso, la España misma, sirviendole al Rey Catholico de trophèo las Vanderas de Cathaluña, Aragón, y Valencia. Faltòle al Exercito vencedor Vi-veres, y por esso no se pudo seguir antes que respirasse, y bolviessè en sí el Enemigo.

Prevenia yà su rendicion Tortosa, pero se confirmò en el dominio del Rey Carlos, porque Gallobay metiò en ella las reliquias del Exercito. No le quedaba yà que mandar al Marquès de las Minas mas, que la poca Cavallería, que havia quedado, que passò despues à Barcelona, porque este suceso consternò sumamente aquella Ciudad, no sin assomos de sedicion, y casi tumulto, que se apagò luego con arte, y ficciones, esforzandose los Nobles à soslegar la Plebe.

Llegò al Exercito el Duque de Orleans, disgustado de una victoria, en que no intervino, y empleò un Exercito vencedor de treinta mil hombres en rendir à Alcoy, y Xativa, para quitar à Bervich, si no la gloria, la ruidosa fama de la utilidad del triumpho. Con todo esso no permitiò se fuesse del Exercito, por el conocimiento que tenia de la España, y porque qualquiera accion se la atribuiria yà al Duque de Orleans la fama. Dividiòse el Exercito en dos Cuerpos: Bervich, solo con presentarse, rindiò à Requena, y quedò prisionero su Governador Don Joseph Inigo de Abarca. Asfelt marchò contra Xativa: casi todo el Reyno de Valencia estava sin Tropas Austriacas, menos una poca de Cavallería, que hacia en Carlet algunas correrías; y porque no se perdiessè la Infanteria toda en Tortosa, dexando allí el solo Presidio, la passaron à Denia, Alicante, y Barcelona.

A siete de Mayo se dexò vèr en Valencia el Exercito del Rey Catholico: huyò à Tortosa el Conde de la Corzana, y no quedò hombre de armas en su defensa.

Implorò la clemencia del Rey la Ciudad, y el Pue-

Pueblò; aunque mas eran sus lagrimas de rabia, que de dolor. A ocho del mismo mes entregaron las llaves al Duque de Orleans, de quien configuieron quanto pedian, y no se saquò la Ciudad; si solo se embiò à Don Antonio del Valle, con un Destacamento, para admitir el nuevo Omenage. El Pueblo, ò ambicioso, ò para dár señas de su arrepentimiento, quiso acometer à las casas de los authores de la rebeliòn; pero yà havia escapado à Barcelona el Conde de Cardona con otros Nobles, mas acerrimamente parciales del Rey Carlos; que, antes de salir, aplicaron fuego à las casas de los afectos al Rey Phelipe; porque querian destruir, y aniquilar la Patria, que yà no havian de bolver à ver.

Echando los Españoles un Puente al Xucar, fuè contra Alcira el Duque de Bervich; y el de Orleans se retirò à la Corte, donde fuè recibido con el mayor aplauso: se entretuvo poco, y passò luego à mandar las Armas en la Raya de Aragon, cuyo Reyno amenazaba ruina desde Fraga. En el de Valencia todo se reduxo à la obediencia del Rey, menos Alcira, Xativa, y Alcoy.

Comunicabanse por el Puente del Xucar las Tropas de Bervich con las del Cavallero de Asfelt, que sitiaba à Xativa, que estaba presidada de Ingleses: hacia la empresa dificil el estar sus Moradores pertinaces, aun despues de aloxados los Franceses en la brecha del Muro, y haver tomado los Baluartes de los lados. Daba la rabia valor à los de adentro, y obstinados, se dexaron dár el assalto, sin escuchar proposiciones de perdòn; porque clamaban absolutamente, que solo querian morir. Enfurecido el Soldado, y vencida la brecha, no diò quartèl, ni à niños, ni à mugeres, aunque à estas las exceptuò la piedad de Asfelt. No se puede describir mas lastimoso Theatro: buscaban la muerte los Vencidos, y rogaban los matassen: ellos, y los Vencedores aplicaban fuego à las casas, aquellos por desfeperacion cruel, y estos por ira; exortabanse reciproca-

mente à morir , creyendose mas felices acabando , que firviendo al Rey , que aborrecian. No se pudo discernir , quien con mayor tesòn aplicaba fuego , si los propios moradores , ò los Soldados : no se perdonò ni aun à los Templos : pocos Sacerdotes escaparon , mugeres pocas , y hombre ninguno. Nada quedò de Xativa , ni aun el nombre , porque en su reparacion , el Rey mandò llamarla *San Phelipe* : ochocientos Ingleses quedaron prisioneros.

Poco menor estrago padecieron Alcoy , y Alcira : tiene horror la pluma en escribir de tanta sangre derramada : rindiòlas la fuerza , y no se les diò quartèl à los Vencidos ; porque Asfelt lifongeaba con la sangre su genio duro , y cruel. Desarmò à Valencia , y à todo el Reyno : prohibieronse con tanto rigor las Armas , que un solo cuchillo llevò centenares de hombres al suplicio. No puede haver hombre mas exacto en hacerse obedecer. Aun con haver sido tan grande el delito , yà el rigòr de Asfelt padecia excessos , porque havia puesto su delicia en derramar humana sangre.

Asi era feo escarnio de la suerte el Reyno fertil , y hermoso de Valencia , que no guardaban los Vencedores para el Rey , si solo le destinaron para misero despojo de su codicia : porque igualmente Franceses , y Españoles cometieron tantas tyranias , robos , extorsiones , è injusticias , que pudieramos formar un libro entero de las vexaciones , que Valencia padeciò , sin tener noticia alguna de ellas el Rey ; porque à los Vencidos no se les permitia ni el alivio de la quexa. De compasion callamos los nombres de los que injustamente defraudaron sus riquezas à aquel Reyno , y no nos atrevemos à decir la suma de dinero , que se sacò de el , por no aventurar nuestro credito. Nada sirviò para el Rey : mancharon sus manos los que las havian gloriosamente ilustrado con la espada.

El Duque de Orleans , llamando àzi a si todas las Tropas , corria libremente el Ebro ; havia vencido algunos Rebeldes , que en cortas partidas le infestaban ,

y los rechazò , hasta que se presentò con el Exercito ante Zaragoza : rindióse la Ciudad , y casi toda la tierra abierta : aquello se executò con mas quietud , y menor estrago , pero no se podia evitar la licencia del Soldado vencedor , siempre insolente. Los Rebeldes se retiraron à los Montes , y se limpiò de ellos tambien el Confin de Navarra.

Estos hechos llegaban à Italia , confundidos de la ficcion de los parciales Austriacos , y muy cercenadas las victorias ; porque empezada yà à gustar la dulzura de sus Dominios , para adelantar en ella sus derechos el Cesar , determinò atacar el Reyno de Napoles : pidió passò al Pontifice para veinte mil hombres ; y como era el numero tan superior à los que se podian oponer , no era menester pedirle ; y asì lo creyeron los Gefes del Exercito : porque quando el Cardenal Grimani lo estaba exponiendo al Papa , yà las Tropas estaban en el Ferrarès , mandadas por el Conde Daun , que eran solo nueve mil hombres , pero no tenian resistencia , y havia el Emperador mandado , que sin aguardar licencia , prosiguiesen la marcha.

Turbòse al parecer la Corte Romana , y mucho mas el Pontifice , porque veía , que introducidos en Napoles los Alemanes , era preciso contemplarlos , ò experimentar sus extorsiones : Juntó una Congregacion ; y aunque algunos fueron de parecer de resistirse , la mayor parte del Sacro Colegio , adheria à los Austriacos , ò por necesidad , ò por amor. Estaba encargado en aquella Corte de los negocios de Francia el Cardenal de la Tremoglia ; pero ni èl , ni el Duque de Uceda , Embaxador de España , tenian authoridad alguna , y muy pocos parciales desde que se perdió Milàn , porque ya sabian era la puerta de Italia. No veian con gusto , sino con temor à los Alemanes , pero estos no cuydaban de ser amados , sino de ser obedecidos , y asì se encaminaban yà à los Estados de Roma , desde donde avisaron su proximo peligro à Napoles.

Era à este tiempo Virrey el Marquès de Villena , que

no ignoraba el designio de los Enemigos, pero se prometia de los Napolitanos mas de lo que debiera. Junto los que llaman Sergios, que son Colegios de Nobles, y à la Ciudad: llamó al Electo del Pueblo Lucas Pucoti: todos prometieron fidelidad, y constancia, aunque solo en las palabras: ofrecieron cien mil ducados, si perdonaba el Real Fisco la tercera parte de sus rentas. No consintió el Virrey; pero era imposible de otra manera hallar dinero, porque yà nadie fiaba de las asignaciones de la Real Caja en las rentas ordinarias, con el regular logro de seis, ù ocho por ciento; porque veían, que se iba à perder el Reyno, al qual turbaba yà en los confines de Roma una quadrilla de hombres facinorosos, que tenían por Gefe à Julio Cesar de Santis, al qual, por sus delitos, havia el Marquès de Villena desterrado, y se havia introducido hasta Valdepiedras, bien que defendia los terminos del Reyno Don Francisco de Resta, baxo la mano del Duque de Atri, Vicario General de Abruzzo, que pasó con un Regimiento de Cavalleria, y 300. Infantes à Celàn, y Avezano; porque el numero de los Vandoleros crecia cada dia, agregandose, quantos temian las satisfacciones de la Justicia.

El Virrey, que meditò muy tarde la defensa, la queria ahora apresurar con resoluciones, que tomaba precipitadamente; pero no todas eran adequadas al caso, ni iguales al peligro, porque le faltaban Tropas, que son la mas segura defensa en un Reyno indiferente, y casi lo mas contaminado de las sugestiones de los parciales Austriacos, que eran muchos, y de la primer Nobleza; no descuydandose el Cardenal Grimani de abrigar con ofrecimientos los Theoros de las manos del Emperador, y del Rey Carlos.

Creò Villena Oficiales Generales, Mariscales, y Brigadieres con el poder que para esto tenia del Rey: embió à la Pulla al Marquès de la Roca, y diò el mando de todas las Armas al Duque de Bisacia: estos, con el Conde de San Estevan de Gormaz, fueron à for-

tificar à Gaëta , y se mandò al Duque de Attri , que recogiesse las Tropas de su cargo , y guardasse atentamente los confines.

El Marquès de la Roca passò à Sora , y despues se encaminò al mismo parage el Principe de Castellòn , General de la Cavalleria , y el mismo Bisacia. Hizose Consejo de Guerra , y para qualquier operacion faltaban Tropas. Huvo varios pareceres , y el mas aprobado fuè cortar el Puente de Cypri , y con peñas , y arboles embarazar los caminos , despues de forragear , y consumir los Viveres de los confines , para dificultar el passo à los Enemigos ; pero nada se executò , conociendo los Gefes la disgustada obediencia de las pocas Tropas , que yà havian interiormente tomado el contrario partido , engañados con promessas , y solo esperaban la ocasion de declararse.

Embiòse al Duque de Sora , y otros Varones à sus Estados , para prevenir las Milicias Urbanas , y se bolvió Bisacia à Napoles , dexando la custodia de los confines al Marquès de la Roca , à quien ofreciò el Virrey grandes socorros , que olvidò despues , ò no pudo embiarlos , atento solo à fortificar à Gaëta , la qual destinaba para refugio , con mayores demonstraciones , que convenia en un accidente , que el temor del Virrey acrecentaba el de los demàs ; pero no podia defender todo el Reyno , y assi lo hacia de una Plaza , que por su situacion , y fortaleza era mas habil para defenderse , y conocia yà la intencion de los Napolitanos , de quienes era preciso guardarse mas que de los proprios Enemigos.

A los veinte y seis de Junio entrò en el Reyno de Napoles el Exercito Austriaco , mandado por Ulrico Daun , que constaba de nueve mil hombres , como diximos , porque solo eran cinco Regimientos de Cavalleria , y cinco de Infanteria , no completos. Desamparò el Marquès de la Roca los confines , con parecer de los Coroneles Caraciolo , Roso , y Carosolo : retiròse à lo interior de la Provincia , y ninguna le queria defender,

por no exponerse à los estragos de la Guerra. Los Enemigos ocuparon à Sora , y San Germàn: retiróse con la Cavalleria el Principe de Castillón , porque solo tenia ochocientos Cavallos, y yà la Tierra enemiga.

Esta noticia consternò, al parecer, à Napoles , y todo era afectacion. Persuadieron al Virrey los mismos ocultos Ausriacos , que solo atendiesse à defender la Capital , y sus Castillos , aunque el Torreón del Carmen, que gobernaba Don Pedro Niela, estaba indefenso, porque sus Pertrechos se havian pasado à Gaeta. Parecieron à esta sazón quatro Naves Olandesas , que hacian navegacion incierta: no dispararon los Baluartes, aunque estaban casi à tiro , porque no quiso el Virrey dár este fomento mas al rumor , que yà empezaba en la Plebe, disfrazado en miedo. Mandó Villena , que el Conde de la Roca presidiasse à Capua : allí se encaminò Castillón, pero no havia viveres para veinte dias.

Venia con el Exercito, destinado para Virrey , Jorge Adám , Conde de Martinitz , y se le jurò obediencia en San Germàn , aclamando al Rey Carlos , de quien traia los Despachos. Adelantòse con su Regimiento el Coronel Vvaubòn , para assegurar la marcha à las Tropas , que aún no havian gastado un grano de polvora. Llegò à Fiano el primer dia de Junio , y por los Desertores supo el infeliz estado de la Plaza de Capua , y la propension de sus Moradores à mudar de dominio. Havia sacado de ella , con orden de Villena , Don Rodrigo Correa la Guarnicion Española : con que no havia modo de como defenderla , aunque clamaba su Governador, Marquès de Feria , y havia el Conde de la Roca consultado desampararle; y mientras esta se disponia à ir à Napoles , pareciendole à Vvaubon la ocasion oportuna, con solo un Destacamento de Cavalleria se presentò à la Plaza , y ocupò el Puente. Corrió à defender la puerta el Marquès de la Roca , y los demàs Oficiales , con dos Compañias de Infanteria , que à fusilazos apartaban à los Alemanes , concurriendo con su Artilleria el Castillo ; pero haviendo pasado aquellos el Rio Vul-

furno por donde es mas baxo , se alojaron à la sombra de una arboleda , que los defendia del Cañon , la qual mandò entonces cortar el Governador , pero no havia gente que lo executasse.

Ocupò Vvaubon el Rio, y parecia guerra de burlas, porque ni èl tenia fuerza para rendir la Ciudad , ni el Governador para defenderla , y mas quando yà el Pueblo empezaba à clamar por la rendicion , y havia traïdo à su dictamen muchos Soldados; pero los fofegò el buen modo del Matquès de la Roca , ofreciendo , que en su caso capitularia muy utilmente la Ciudad.

Viendo Vvaubon la impossibilidad de la empresa, se restituyò à Tiano para tomar Artilleria , y avisò , que se le embiasse Infanteria , porque sabia , que venia à socorrerla el Principe de Castillon , el qual llegò con seiscientos Cavallos tan à tiempo , que yà se estaba perdiendo la Ciudad , por haver tomado el Pueblo las armas contra la poca Guarnicion, que guardaba las puertas, y havian sucedido yà algunas muertes. Soffegòse el tumulto , con haver entrado un Destacamento de Cavalleria à cargo del Mariscàl de Campo Don Francisco Belvalet , pero no desistia con todo esto la Ciudad de clamar por la rendicion ; y precediendo antes Consejo de Guerra , viendo no podia defenderse , la desampararon las Tropas Españolas , con el Marquès de la Roca , haviendo antes introducido socorros en el Castillo , donde se encerraron voluntariamente muchos Oficiales , y los nombrados Coroneles , que acompañaban à la Roca.

Luego la Ciudad acelerò los obsequios , y llamò à las Tropas de Daun. Mandò este , que bolviessè Vvaubon , y à pocos dias llegaron tambien Daun , y Martiniz , y plantaron contra el Castillo una bateria de Piezas de Cañon de Campana , que nada amedrentaron al Marquès de Feria , y con los suyos hacia no poco daño à los que ocupaban el Puente ; pero faltandole lo necesario para la defensa , hizo muy honradas Capitulaciones , y salio con todos los honores Militares la Guarni-

nicion , aunque ofreció no tomar en seis meses las armas : Luego se rindió Caferta , y casi todo el País abierto hasta Napoles.

Mayor guerra tenia con el Pueblo el Marquès de Villena : quiso privar de su empleo à Lucas Puoti , repugnò la Plebe , y no se executò el Decreto , porque yá veía el Virrey , que todos deseaban la dominacion Austriaca , y no querian defenderse. Por esso negaron los socorros de dinero , que se les havia pedido , y se oian vanos , è inciertos rumores , que obligaron à que la Condesa de Egmont , y la de San Estevan de Gormáz , nuera del Virrey , passassen con otras Señoras en las Galeras del Duque de Turfis à Gaeta.

Salió con muchos Nobles à cavallo por la Ciudad el Marquès de Villena , para soffegar estos ruidos , que ni eran sedicion , ni dexaban de serlo , atizando el fuego los ocultos traydores , y no carecian de ellos las Tropas. Abasteciò los Castillos , y encomendò el de San Telmo à Don Rodrigo Correa , quitando de èl à Don Diego Buydes : Castèl-Novo à Don Manuel de Borda , privando à Don Antonio Cruz , pero le dexò en el mismo Castillo , con errada opinion , de que serviría à Borda de freno , quando estaba Cruz herido de una injuria : à Castèl del Ovo le governaba Don Antonio Carreras : estos tuvieron orden del Virrey , dada por el Duque de Bisacia en tres de Julio , para que en caso de ser sitiados , disparassen contra la Ciudad , porque con esso ella tendria cuidado de los Castillos.

Pareció un Edicto en nombre del Emperador , impresso en Roma de orden de Grimani , en que probaba los derechos Austriacos à aquel Reyno , y no tener algunos el Rey Phelipe : estaba concebido con clausulas insolentes , y poco atentas à la Nacion Francesa : vióse fixado en la Cathedrál , y en el Real Palacio , y despues en varias esquinias.

Hallandose en este estado , escribieron al Conde de Martinitz , ofreciendose al servicio del Rey Carlos los Principes de Monte-Sarcho , Avelino , y Cariatì , y el Du-

Duque de Monte-Leon : otros muchos Nobles hicieron lo proprio ; pero los authores de la rebeliòn , y conjura fueron aquellos , sin la qual no se huvieran atrevidò nueve mil hombres à querer conquistar un Reyno.

La Ciudad nombrò por su Syndico al Duque de Monte-Leon , sin noticia de Villena. Las palabras de los que esto executaban no conformaban con la intencion ; decian , que era solo poner al cuydado de los Nobles la Ciudad , y que esta se estaria indifferente à que la defendiessen las Armas del Rey. El Duque no quiso admitir el empleo sin el consentimiento de Villena, que no le quiso dàr , ni las causas , que , para negarle , tenia , de lo que se ofendieron ; pero no podia explicar el Marquès quanto justificaba su resolucion , porque todo era trama del mismo Duque , que se disponia para ser rebelde , y queria parecer leal.

Los Alemanes, despues de tomada Capua, se encaminaron à Napoles. Corria la Provincia el Duque de Tesfia , que venia con las Tropas Alemanas , y estaba desde la primer conjura en Viena. Este dispuso , que Aversa llamasse la Cavalleria del Enemigo , para sorprehender la del Rey , y anticipadamente este Pueblo jurò fidelidad , y obediencia al Rey Carlos. Viendo yà el Marquès de Villena , que era imposible la defensa, suspendiò de su Oficio à todos los Ministros Reales , y los mandò salir de la Ciudad , para que no estuviesen obligados à despachar en sus Tribunales : ordenò , que las Galeras del Duque de Turfis sacassen del Arsenal quantos Pertrechos pudiessen , y se previno para irse à Gaeta.

Estaba yà insolente la Plebe , y para contenerla, se encargò la Plaza del Mercado al Principe de Monte-Sarcho ; porque yà havian tomado las armas mas de veinte mil hombres , y querian quemar el Palacio del Virrey por una falsa voz , esparcida con artificio, de que tenia preso al Electo del Pueblo , y à los quatro Diputados de los Sergios , que ofrecian al Virrey , para defenderse , quarenta y quatro mil ducados ; porque hasta
el

el extremo querian parecer constantes. Bolvióse à mandar al Duque de Monte-Leon, que governasse la Vicaría, porque no se podia sufrir yá la insolencia del Pueblo, sin tener temor al castigo; mas todo fuè en vano, porque, habiendo llegado yá los Alemanes à Versa, estaba perdido Napoles.

El Marqués de Villena embió al Principe de Castillón con la poca Cavalleria que le quedaba (porque iban cada hora desertando) para que se juntasse con el Duque de Atri. La Ciudad pidió permiso al Virrey, para prestar la obediencia al Rey Carlos, yá que no havia tomado las providencias, para defenderla, y expuso la urgentissima necesidad, desesperando yá del remedio. Con el Secretario Branconio escribió al Conde Daun, escusandose de la retardada rendicion; porque tenian los Españoles los Castillos. Esta Carta se firmò en seis de Julio, por mano de los Segios, y de la Ciudad.

En el mismo dia firmò otra Carta el Marqués de Villena, que entregò su Secretario Don Juan de Torres, dirigida à la Ciudad, en que decia: „Veia yá ser im-
 „ posible el salir à resistir al Enemigo, por falta de
 „ Tropas, y no haver querido el Reyno hacer las Re-
 „ clutas, que desde el mes de Abril se tenia mandado:
 „ Que no havia otro remedio, para conservar el Rey-
 „ no, sino defender los Castillos, y Gaeta, desde don-
 „ de esperaba bolver con Tropas, que restituyessen al
 „ justo dominio del Rey aquella Ciudad, cuyo Pueblo
 „ estava mas de lo justo consternado; porque se podia
 „ defender muy bien de nueve mil hombres, no caba-
 „ les, sin Viveres, ni Artilleria: Que esperaba daria la
 „ Ciudad lo necessario à los Castillos, para mantenerse,
 „ por no aventurar su ruina; porque havia mandado as-
 „ solassen la Ciudad, si esta no les subministraba Viveres.

El mismo dia se embarcò el Virrey en las Gale-
 ras del Duque de Turfís, y se pasó à Gaeta, quando yá
 en Averfa havian jurado los Diputados de Napoles fi-
 delidad al nuevo Rey; y en su nombre confirmò los
 Pri-

Privilegios de la Nobleza , y Ciudad el Conde de Martinitz , al qual fuè à recibir la mayor parte de los Nobles , gloriandose los Gefes del Exercito Austriaco, de que sin Armas , con solo el terror del nombre , havian rendido un Reyno tan vasto , y tan poderoso.

Con el Marquès de Villena se fueron à Gaeta , à mas de los Oficiales Españoles , y Tropas que embarcò el Duque de Bisacia , el Principe de Chelamar , y Don Horacio Copula, General de la Artilleria. Estos solamente fueron los que de la Nobleza Napolitana , que se hallaban en la Ciudad de Napoles , siguieron el partido del Rey , abandonando sus casas , con heroyco exemplo de fidelidad.

Los Ministros Aragoneses se quedaron todos en Napoles , menos Don Joseph Zelaya : de los Castellanos ninguno ; y se passaron à Gaeta Don Alonso Perez de Aracièl, Presidente del Consejo de Santa Clara, Don Gregorio Mercado, Regente del Collateral , Don Pedro Mesones , Don Ambrosio Bernàl , Don Miguèl Lesada, Don Luis de Alarcòn , Don Joseph Bustamante, D. Gonzalo Machado , Don Bartholomè Sierra , el Marquès de San Egidio , D. Geronymo Pardo , y despues D. Francisco Milàn : de los Ministros Napolitanos solo uno, que fuè Don Francisco Cernicala.

La mañana del dia siete de Julio saliò de Aversa para Napoles el Conde de Martinitz , à quien precedia con seiscentos Cavallos el Coronel Patè , y à passo mas lento seguia el Exercito , cuya Manguardia llevaba con dos mil Cavallos el General Carrasa : iba en el centro el Conde Daun con Vvaubòn , y cerraba con la Retaguardia el General Vezel : marcharon por los lados ocho Piezas de Cañon; y aunque el Exercito era poco mas de ocho mil hombres , porque havian dexado quinientos en Capua , y havian muerto en su Sitio algunos, eran mas de 20y. los Alemanes , que entraron en Napoles , contando niños , y mugeres , porque es costumbre de aquellas Tropas marchar con ellas. El Pueblo saliò algunas millas à recibirlos , con imponderable

júbilo , y aclamacion : despoblòse la Comarca à vèr esta entrada , mostrando en su inmoderado gozo el desafecto , que tenian al Rey Catholico.

Antes de entrar en la Ciudad , ocupò el centro , y la mano derecha Martinitz , como Virrey , no sin alguna emulacion del Conde Daun , que parò en enemidad. Renovò el Pueblo su alegria , y las mugeres texian coronas de flores à los Soldados , y les ofrecian al tiempo de passar frutas , y dulces , con grandes vasos de vino , no despreciados.

Apeòse Martinitz en la Cathedral , para venerar las Reliquias de San Genaro , aunque mas era por lisonjear al Pueblo , que por devocion , porque la tiene particular à este Santo aquella Ciudad , y todo el Reyno. Teniafele al Virrey prevenido su hospedage en casa del Principe de San Severo , adonde passò desde la Iglesia.

Los que fueron en la primer conjura rebeldes , y estaban fuera del Reyno , bolvieron à èl , y excitaban à la Plebe à incessantes aclamaciones. Estos eran el Duque de Telesia , el Marquès de Rofrano , y el Principe de Chusan : seguia innumerable Pueblo ; y llegando à la Plaza de los Jesuitas , donde havia una hermosa Estatua del Rey à cavallo , que estaba puesta desde el año de mil setecientos y dos , la acometiò la Plebe por influxo de Telesia , y aun siendo de bronce , la hicieron con mazos , y martillos pedazos : con sacrilega insolencia herian con las espadas la cara , y no pudiendo deshacer la Imagen , la mancharon con tinta : estaba yà la cabeza dividida de lo restante del cuerpo , y uno del Pueblo , ò atento , ò ambicioso del metal , la robò à la ira , que la exercitò el Pueblo por largo rato , hasta que lo prohibiò el Magistrado , fingiendo dolor del suceso , y mandò recoger los pedazos. Luego se aplicò la Plebe à saquear las casas de los Mercaderes Franceses , no con gran logro , porque havian reservado lo mas precioso.

Asi espirò el dia siete de Julio , observando los His-

toricos, que en este mismo día, en el año de mil quatrocientos y noventa y cinco, havian sido los Franceses, que ocupaban el Reyno poseído de Carlos Octavo, expulso de Napoles por Ferdinando Segundo de Aragon: y que en el proprio dia havia sido la rebelion de Thomàs Angelo, el año de mil seiscientos y cinquenta y siete: reparandose tambien, que para templar lo infausto de la constelacion del dia, muchos siglos antes se havia consagrado la Iglesia, en que estan las Reliquias de San Genaro.

El Conde Daun luego bloqueò los Castillos, pero no levantò Trinchera, y mandò à la Ciudad, que no se les permitieffen Viveres. El de San Telmo apartaba los Sitiadores; porque Don Rodrigo Correa cumplia con su obligacion, y preguntò al Governador de Castel-Novo, si era tiempo de executar la orden del Marquès de Villena, para disparar contra la Ciudad.

Don Manuel de Borda embiò à comunicar con el Cardenal, y el Magistrado al Varon Darmen, y à Don Christoval de Ibarra, para que se quitasse el bloqueo; porque si no, era preciso seguir la orden. Esto enfureciò mucho al Virrey, y à Daun. Despues se ajustò que al otro dia bolvieffen, y cessaron las hostilidades; pero aplicaron los Alemanes mas fuerte baterìa, solicitando à Borda con promessas mas eficaces, que las amenazas, que el dia nueve hizo Daun à la Guarnicion de los Castillos, embiando al Varon Heidle: Correa las despreciò: Carreras dixo, que haria lo que Borda; y este yà no escuchaba con desagrado los partidos, que le ofrecian, aunque pidiò tiempo, para hacer una consulta al Marquès de Villena, que yà sabia no se lo havian de permitir. Juntò Consejo de Guerra, y todos fueron de parecer de capitular. Así se executò dentro del termino, que havia Daun concedido. Saliò la Guarnicion con todos los honores Militares: de los pactos no cumplieron ninguno los Alemanes, ni Borda queria que los cumplieren; porque poco despues tomó el Partido Austriaco, y las Armas

contra su Soberano. Embió con Don Francisco Manca las Capitulaciones al Marquès de Villena, que se enfureció en vano, porque Borda yá despreciaba sus iras.

De los Oficiales solamente quedaron prisioneros, por constantes en el partido del Rey Phelipe, Don Domingo Loy, Sardo, Don Francisco Rosillo, y Don Juan de Xara, Castellanos. Carreras entregò despues de dos dias à Castèl del Ovo, quedò prisionero de Guerra, y aunque sobre su palabra, no faliò de Napoles.

Bolvió à amenazar à Correa el General Alemàn, pero persistia en la defensa de San Telmo, y aunque era muy viejo, le asistia su yerno Don Pedro Niela, hombre de valor, y de honra. Por esso convirtió contra el Castillo de Baya las armas Daun. Embió contra èl al General Vetzèl. Era su Governador Don Joseph Pariente: defendiòse este quatro dias; y como intimò el Alemàn la rendicion, con pena de no dár quartèl si se diera, juntò Consejo de Guerra, y se determinò rendir el Castillo, quedando prisionera la Guarnicion, y el Governador, que mantuvo siempre la debida fidelidad al Rey Catholico. San Telmo se defendia con tesòn; pero yá, habiendo los Alemanes ocupado à Santa Lucía, y el Bosque de San Martin, no podia ser socorrido el Castillo.

Llamò el Governador à Consejo, donde fino es èl, y Don Pedro Niela, todos fueron de dictamen de rendirle; porque yá estaba la Guarnicion impaciente, y deseaba tomar partido: Mas rezeloso de ella Don Rodrigo Correa, que de los Enemigos, se rindiò, quedando prisionera la Guarnicion; menos Don Pedro Niela, y cinco Capitanes, Pratz, Landaecio, Ayala, Aldaneo, y Lezcano, todos tomaron partido. El Governador mostrò heroyco exemplo de fidelidad, padeciò mucho; pero al fin murió en una Batalla en servicio del Rey Phelipe, como verèmos.

Con esto estaba enteramente la Ciudad de Napoles à la obediencia del Rey Carlos, à quien se despachò con la noticia al Marquès de Rosfrano: à darla al Empe-

perador fuè el Coronel Daun. Por engaño del Principe de Avelino, Vicario General por el Rey Phelipe en algunas Provincias de aquel Reyno, fuè sitiado de los propios Payfanos en Caba el Principe de Castellón: allí se rindió prisionero à persuasiones del Obispo, que le dió à conocer su peligro: los mas de los que le seguian tomaron partido: algunos Oficiales se mantuvieron en el del Rey Catholico con el heroyco exemplo de su Gefe. El Duque de Attri se fuè à Pescara, que la governaba Don Estevan Biller, hombre fuerte, y de conocida fidelidad.

En estos mismos dias se cubrió Napoles de ceniza, y de tan espesas sombras, que se atemorizaron los Alemanes, y durò tanto, que el dia ultimo de Julio, en que se hizo la solemne Aclamacion, fuè uno de los mas horrendos. Vomitó rios de betùn el Vesubio, y se oyeron formidables estruendos por mas de cien millas en contorno: caian del Cielo piedras elevadas de la violencia del fuego, y despues llovió agua de color de sangre. Desde el año treinta y uno del siglo passado no se havia visto mas sañudo, ni mas horrible el Monte. Sacaronse las Reliquias de San Genaro, y venerandolas, se desmayó Martinítz, aturdido de aquella, que para èl era la mas formidable novedad: pidió, que se sacassen de Napoles; confortòle el Arzobispo, diciendole eran solos efectos del Monte, que respiraba. Esto tomaron muchos por infausto agüero, y como ademàn de castigo, tanto, que no dexò de entristecer à los propios Autores de toda la traición; pero mucho mas à Don Manuel de Borda, Don Antonio Cruz, y D. Christoval Ibarra, que tomaron partido en aquel dia.

Pasò el General Uvalis à sitiar la Pescara, que con Gaeta era solo lo que de aquel Reyno faltaba à rendirse enteramente; porque todos los demàs Governadores del Reyno entregaron con una carta sus Plazas. Acudió Julio Cesar de Santis, y otros Napolitanos con ciento y sesenta Payfanos à cerrar los passos contra Pescara: creian ganarla sin levantar Trinchera; pero el